Vacuna contra el "flu"
Autor: Manolo Campa

Soy de los patriarcas que "cantan el manisero" afectados por los males conocidos popularmente como "las tres c": caídas, catarros y… al ser de la gripe de lo que voy a tratar, la restante no importa. Con la esperanza de protegerme contra los catarros invernales, con estoicismo voy al médico para ser vacunado contra el "flu", antes de que lleguen del norte los primeros vientos fríos y los turistas acatarrados. Cada año, la gripe que llega de China (como casi todo lo que vestimos o utilizamos) es de un tipo diferente, del que hay que protegerse con anticipación a fines del otoño.

Aunque el pinchazo en si no es doloroso me impresiona mal todo lo que tenga que ver con algodones, alcohol, agujas y enfermeras. Eso debe ser una aversión que vengo arrastrando desde mi infancia cuando me inyectaba el boticario de mi pueblo, un hombre rudo que los domingos, cuando su botica no estaba de turno, cazaba jabalíes a mano limpia. Antes de que entre en vigor el nuevo plan de salud que cubre a todo el mundo… aunque nadie sabe lo que cubre, iré a algún siquiatra de la lista de mi "ache eme o" para que me evalúe y cure.

Volviendo a la vacuna contra la gripe: Estando en la consulta del médico, cuando me tocó el turno (después de haber leído dos revistas en inglés y un folleto en español sobre partos y lactancia) una voz que me pareció conocida me llamó. Con lentitud seguí a aquella figura que me conducía al patíbulo. Sin haberle visto la cara, el tono autoritario al llamarme y su contoneo al caminar, parecido al de John Wayne, iban aclarando mis recuerdos.

Antes de confirmar mis temores al verla de frente, recordé quien era: la enfermera que me "metió en cintura" cuando fui operado de una hernia inguinal hace más de treinta años, cuando aún no tenía canas, y lucía un bigotico negro. ¡Válgame Dios, Miss Mastodonte se cruzaba de nuevo en mi camino!

Para que el lector pueda identificarse con mi contrariedad, procede que cuente el incidente que viene al caso: Estando ingresado en el hospital para la antes mencionada operación de reparación de hernia, me negué a ser llevado de mi cuarto a otro salón en una silla de ruedas. Clara y terminantemente le manifesté a la jovencita que vino a buscarme, que no iba a sentarme en aquella silla de ruedas pudiendo caminar.

En respuesta a la "tángana" descrita arriba fue llamada la jefa de las enfermeras para que me calmara y convenciera. ¡Y me calmó! ¡Qué ejemplar de jefa de enfermeras! Le infundía respeto al mismísimo diablo. Parecía ser hermana de Goliat, el gigante filisteo que fue muerto por David de un hondazo en la frente. Sin ternura y amenazante, me exhortó a sentarme en la silla de ruedas… y accedí.

Su polémica elocuencia era más persuasiva al contemplarse su hechura: Era alta, fornida, dentro de la categoría de los pesos completos, y ceñuda como un guardia civil. Por sus medidas colosales podía llegar a ser reina del concurso "Miss Mastodonte": 46 pulgadas de busto y 56 de cintura. Dentro de aquel uniforme blanco, parecía una gorila vistiendo la toga blanca de una ceremonia de graduación. La toquilla que entonces lucían las enfermeras, colocada sobre las greñas agregaba pulgadas a su imponente estatura.

Pero el reencuentro fue un evento feliz. No se acordaba de mí. No me atreví a decirle que yo era aquel del bigotico y las pantuflas de estreno enganchadas entre el dedo gordo y su vecino, que no quería sentarse en la silla de ruedas. Su trato fue cordial. Quizás los años la habían dulcificado… se había vuelto más amable y menos bravucona. Y muy eficiente, al clavarme la aguja apenas sentí el pinchazo. Desde entonces me siento más valeroso, aplomado, sereno… curado…voy a cancelar mi visita al siquiatra.

EN SERIO:

Es posible que en este año que acaba de comenzar, sus dolencias terminen con Fidel antes de que los planes económicos de Raúl terminen con Cuba.

Es posible que al charlatán bolivariano se le agote el dinero y no pueda seguir financiando los gobiernos izquierdistas que acaban con las libertades y el progreso de los pueblos de la América Hispana.

Es posible que se detenga el constante aumento en los precios de la gasolina, la leche, la ropa, y casi todo… al bajar la demanda por la crisis económica sin solucionar que ha reducido el poder adquisitivo de los ciudadanos.

Es posible que los políticos locales, recapaciten y dejen de aumentar el precio de los parqueos municipales, los parquímetros, los peajes, las licencias, los permisos y los servicios públicos, intimidados por el descontento de los vecinos del condado que reaccionan y se unen para sacarlos de sus puestos.

Frente a nosotros tenemos doce meses que podemos utilizar para disfrutar de los viejos afectos; para hacer amigos, para conocer nueva gente; estrechar otras manos, respaldar causas nobles.

En trescientos sesenta y cinco días podemos aprender a disfrutar otra música, gustar otros platos; conocer otras costumbres, otras tradiciones.

Durante este nuevo año unamos nuestros esfuerzos a los esfuerzos de otros para hacer de nuestro mundo un lugar mejor donde vivir. Aprendamos a apreciar a otros que hablan con diferente acento. Aprendamos a hablar mejor otro idioma para comprender mejor otra cultura, para ayudar a que comprendan la nuestra.